



## LOS ANIMALES

Cuando penetraba en el estudio de su papá, que tenía un hermoso armario lleno de libros, toda su delicia la cifraba Bernardo en apoderarse de un grueso volúmen que debía tratar de historia natural, y que estaba enriquecido con un gran número de láminas perfectamente grabadas, y cuidadosamente iluminadas de colores, representando todo género de animales de las más distintas especies. Bernardo, que era un niño extremadamente curioso, pasaba horas enteras hojeando aquel libro y embebido en la contemplación de las preciosas estampas que causaban su asombro y entretenimiento, haciendo desfilan á su vista tanta variedad de animales de las formas más extrañas y de los más variados colores.

Por supuesto que nunca pasó su curiosidad de admirar las variadas figuras de toda casta de animalitos allí re-

presentados, sin que se le ocurriera dedicarse á la lectura del libro, que hubiera podido satisfacer más su curiosidad explicándole el género de vida, las condiciones y los instintos de todos aquellos animales, los países en que habitan, la duración de su existencia, los alimentos que prefieren, y otras mil cosas tan dignas de llamar la atención, y á la vez tan instructivas.

Nada: Bernardo se contentaba con ver la figura, á veces gallarda, á veces extravagante ó monstruosa, de tan diversos animales, de los cuales sólo leía el nombre puesto al pié de la imágen que los representaba.

Embebido en esta contemplación, hallábase una mañana encaramado en una butaca y con el libro abierto sobre las rodillas. Iba pasando hojas y más hojas, deteniéndose algunos instantes á mirar cada una de las estampas,

cuando acertó á entrar en el gabinete su papá y le encontró entregado á aquella su ocupacion predilecta.

—¡Hola! Bernardo, le dijo, ¿qué libro es ese que tanto te entretiene?

—Mira, papá, no creas que te lo echo á perder; lo trato con mucho cuidado... es un bonito libro de animales de todas especies.

—Bien; parece que te aficionas al estudio de la historia natural. Es una ciencia tan útil como curiosa, que inclina el ánimo á la admiracion de la divina sabiduría que creó tanta variedad de animales, cada cual de distinta figura, de diferente tamaño y de costumbres tan diversas.

—¿Conque es verdad, papá, que hay en el mundo tantas clases de animalitos como aquí veo pintados?

—Sí, hijo, y muchísimos géneros más que seria interminable el describir, y que no están todavía bien conocidos, y otra infinidad de clases que existieron en tiempos muy remotos, y de los cuales ya no se conservan ejemplares, porque los últimos desaparecieron hace muchos siglos.

—Y dime, papá, tú que debes entender de estas cosas, ¿con qué objeto criaria Dios tanto género de bichos que á mi parecer para nada sirven? Porque yo tengo entendido que muchos de ellos son molestos para los hombres, otros muchos nocivos, y algunos de ellos enemigos terribles nuestros, puesto que causan la muerte al infeliz que tiene la desdicha de encontrarse con ellos; y por último, los que no son perjudiciales ni molestos, para nada nos sirven, á excepcion de algunas pocas especies que pueden prestar al hombre determinados servicios.

—Bien se conoce, hijo mio, contestó

el padre con tono serio, que no has ejercitado lo bastante la noble facultad de raciocinar, que nuestro sabio Hacedor concedió al hombre cuando le crió á su imágen y semejanza, y que sólo miras las cosas por encima, sin tratar de profundizar en su verdadera importancia. En ese falso raciocinio que acabas de hacer, se ve al egoísta, que cree que el mundo entero está subordinado á su interes y hecho exclusivamente para él. Pero es necesario que adviertas que aún cuando el hombre es sin duda la criatura predilecta en quien el Padre Omnipotente se ha complacido, dándole grandes preferencias sobre las demas, no sólo para el hombre fabricó la maravillosa máquina del Universo, sino que á todas las demas criaturas alcanza su paternal solicitud, que es infinita. Sólo al egoísta se le puede ocurrir que Dios hizo, por ejemplo, el sol para que á él nada más le preste luz y calor, y las innumerables estrellas del cielo para que recreen su vista.

—Es verdad, papá; ya comprendo que no sólo para mí creó Dios tantas maravillas, sino para toda la especie humana.

—Pues no basta que creas eso. También todos esos animales que te parecen inútiles, son criaturas obras de la sabia omnipotencia, y dignas de participar de sus bondades, aunque no en tan alto grado como el hombre, á quien Dios otorgó una predileccion, que nunca le agradecerá lo bastante.

Pero es de notar, hijo mio, que tan maravillosamente están eslabonadas todas las obras del Creador, y tal armonía y concierto guardan entre sí, que las unas sirven de apoyo á las otras, y todas se sirven mutuamente

en las relaciones que su Autor estableció entre ellas. Así, por ejemplo, sin que podamos decir con una vanidad desatinada que Dios crió á todos los animales para el servicio y utilidad del hombre, es, sin embargo, cierto que no hay ninguno de ellos que deje de servirle para algo, si no directa, indirectamente, como podré probártelo con cuantos ejemplos quieras. Nómbrame á cualquier especie de animal, el que más inútil te parezca, y yo te haré ver que nos sirve de algo.

Bernardo se detuvo pensativo algunos minutos, y luego dijo á su papá:

—Bien está; pues voy á preguntarte para qué pueden servirnos las hormigas, esos animalillos tan chiquirrititos que ponemos sobre ellos el pié sin verlos, que no tienen fuerza, ni hermosura, ni habilidad ninguna que pueda servirnos, ni siquiera carne que pueda alimentarnos.

—Pues bien, ese animalillo imperceptible casi, que efectivamente en su pequeñez ningún servicio ni utilidad puede prestarnos, le sirve al hombre pensador más de lo que pudieras imaginar. La hormiga es un animalillo laborioso, y tan excesivamente previsor, que pasa todo el verano sin descansar una sola hora en acopiar los granillos y semillas que encuentra en la tierra, arrastrándolos á fuerza de fatigas al granero subterráneo que se ha fabricado para pasar el resto del año al abrigo de la inclemencia. Gracias á su prevision, cuando el estío ha pasado, se encierra en su abrigado escondite, y allí se encuentra con un abundante almacén de los granos que ha ido acopiando, y con los cuales tiene de sobra para alimentarse en el invierno, en aquella estación en que le sería

imposible proporcionarse alimento alguno en la superficie de la aterida tierra. Ese animal sirve al hombre para hacerle ver las ventajas de la prevision y de la laboriosidad, y para recordarle que en el día de la abundancia debe aplicarse con ardor á hacer provisiones de lo necesario para cuando venga la época de la escasez. Siguiendo el ejemplo de la hormiga, el honrado labrador pasa todo el tiempo del verano acopiando los frutos que le da la tierra, á fin de tener abundancia de ellos en los helados meses del invierno, cuando la tierra nada ofrece á su solicitud. Mira tú si la hormiga sirve al hombre para algo, pues le sirve de modelo de una de las virtudes que pueden hacer su dicha.

—Es verdad, papá, no habia caído en ello, aunque muchas veces he visto á las hormiguitas afanarse y trabajar arrastrando un grano de trigo ó cebada.

—Pues en el mismo caso que la hormiga se encuentran otros animales que pueden servirnos de modelo para ciertas virtudes. La abeja, por ejemplo, es no ménos laboriosa, y nos da un ejemplo de lo mucho que puede la industria cuando se emplea en un objeto útil. Con las sustancias que extraen del caliz de las flores, construyen las abejas, bajo la dirección de sus maestras, ese maravilloso panal que tantas veces habrás visto, y que viene á formar un gran palacio lleno de infinidad de celdillas, todas iguales en forma y magnitud, formando un conjunto digno de admiración y asombro, y luego, con las sustancias que extraen de otras flores, van elaborando esa delicada miel que tanto te gusta, y que es sin duda el manjar más dulce que se co-

noce, con el cual van llenando las celdillas que ántes fabricaron con una especie de masa que se adapta á cuantas formas se la quieran dar, y á la que hemos dado el nombre de cera. ¿Dónde puede encontrarse un gran establecimiento industrial mejor construido, mejor organizado, y con mejor orden distribuido que el panal de las abejas, en donde cada una de ellas hace su oficio? Mira tú si los hombres industriales pueden aprender algo de esos pequeños animalitos que zumban en nuestros jardines. Otro animal no ménos industrial, es el gusano de la seda. El perro es el modelo más completo de la lealtad inalterable, que no se quebranta en la adversidad y que raya muchas veces en heroísmo. El caballo nos da ejemplo de nobleza. El armiño nos enseña cuánto debemos estimar la pureza de corazón, pues perseguido por el cazador, ántes consiente perder la vida que entrar en un lodazal en donde pueda mancharse la nítida blancura de su piel. La oveja y el cordero, su hijo, son modelos de humildad; pues jamás se ha oído de uno de estos animales que haya pretendido volver mal

por el mal que recibe, ni se haya rebelado contra su verdugo. Son las tórtolas ejemplo de constancia y fidelidad en el cariño. La cigüeña, símbolo de la vigilancia, que nunca duerme. El elefante, ejemplo de sobriedad y fortaleza. La paloma, modelo de ternura maternal; pues de su propio buche saca el alimento que ha recogido, y lo reparte entre sus hijos. No hay buena cualidad, en fin, que no se halle representada en algún animal.

—Ya veo que hay muchos animales que deben servirnos de ejemplos, y que Dios todas las cosas las hizo con una sabiduría que nunca será suficientemente admirada. De hoy en adelante me acostumbraré á mirar á los animales con mayor aprecio y consideración, y en lugar de pasar el tiempo en hojear las estampas de este libro, lo leeré con gran atención para aprender á conocerlos, buscando en cada cual alguna cosa digna de ser imitada.

—Sí, hijo mío; el estudio es el camino de la sabiduría, y la sabiduría es la llave para entrar en el templo de las virtudes.

P. D. MONTES.





## RETRATOS INFANTILES

### IX

#### PEPITA LA PEREZOSA

Yo quisiera, al trazar estas líneas, poder hacer un gran elogio de mi querida Pepita, niña de diez años, hija de estimados amigos míos, y á la cual aprecio muy de veras; pero como estos articulitos los escribo para que sirvan de enseñanza y ejemplo á los niños y á las niñas, que me dispensan el honor de leerlos, me veo precisado á descubrir el defecto que tiene Pepita, confiando en que acaso ella misma, corrigiéndose de ese defecto, me agrade-

cerá más adelante que no haya tenido con ella ninguna consideración.

Más que defecto, hablando en puridad, es una mala costumbre la que tiene Pepita, y realmente no es suya toda la culpa, y la mayor suma de responsabilidad alcanza á sus padres, que fácilmente podrían haber evitado que en ella se arraigase la mala costumbre objeto de mi justa censura.

Pepita es una niña muy simpática, amable, candorosa, de buenos senti-

mientos y bella sobre toda ponderacion, y todas estas buenas cualidades hacen más sensible que se haya dejado, incauta, dominar por una costumbre que es sobremanera perjudicial.

Pepita, para decirlo de una vez, es perezosa.

¡Una niña de diez años, perezosa! Apenas se comprende.

Muchas veces voy á su casa á las diez y las once de la mañana, y lo primero, ya se sabe, es preguntar por Pepita.

—Está en la cama, ahora se va á levantar, me contestan, y crean ustedes que me dan ganas de entrar en su cuarto y rociarla aquella carita de ángel con un buen jarro de agua fresca.

Parece mentira que cuando hace ya mucho tiempo que el sol alumbra su habitacion, cuando todo está en activo movimiento, cuando tantas niñas pobres llevarán cinco ó seis horas de trabajo, Pepita esté aún dormitando, y Dios sabe hasta cuándo seguiria entregada á la pereza, si no la llamase repetidas veces su madre.

Levántase Pepita con los ojos hinchados, de mal humor, torpe, en fin, con todas las señales de la pereza; y mientras se lava, y almuerza, y se viste, ya son las tantas, y allí duermen en el cesto de labor los pañuelos que le tiene ofrecidos á su papá y que nunca los acaba de bordar, y cuando va el profesor de piano todavía no ha abierto ella el cuaderno del solfeo, con lo cual aprende la música muy despacio y muy mal.

Pepita debería ir al colegio; pero, ¿quién la levanta á la hora conveniente?... Sus padres lo intentaron, y desistieron, dando prueba notoria de debilidad, porque la señorita lloraba mucho

y se desazonaba extraordinariamente, y temieron que enfermase. Esta es culpable tolerancia, que hace más daño que beneficio á Pepita.

Por pereza no ha aprendido Pepita á leer hasta los siete años bien cumplidos, y por pereza, apenas sabe escribir, y escribe tantos disparates como letras. Y tiene amigas que hacen una primorosa y gallarda letra, y que saben de memoria bonitos libros, y que hacen prodigios en toda clase de labores.

Pero ella todo la hace tarde y torpemente, con lo cual no es muy lucido que digamos su papel al lado de las niñas activas y trabajadoras.

Omito, por no mortificarla, otros detalles que acreditan su proverbial pereza, y para que se comprenda cuán poderosa es en ella esa funesta influencia, baste decir que á las muñecas las tiene desnuditas, con muchos vestidos empezados y ninguno concluido, de manera que cuando hay recepcion de muñecas en casa de alguna amiguita suya, y cada niña se esmera en llevar las suyas vestidas con aquella decencia y elegancia que tan bien sienta hasta en las muñecas, Pepita no puede presentar las que tiene, porque no ha de ir á llevarlas en cueros vivos ó con unos vestidos medio hilvanados, de mal corte y peor hechura.

Parece una nimiedad, pero ¿qué funestas consecuencias puede tener para Pepita esa pereza que tanto la afea!

El tiempo se pasa rapidísimamente, y Pepita, por su pereza, deja de adquirir muchísimos conocimientos que le son muy necesarios y que echará mucho de menos, andando el tiempo. Mira Pepita con cierta prevencion todo lo que es trabajo, por fácil y aun por agradable

que sea, y no advierte que estos hábitos de no hacer nada pueden un día ocasionarle grandes amarguras y muchas penalidades, que evitaria seguramente si estuviese acostumbrada á la actividad, á la laboriosidad que tan bien está aún en las más elevadas y nobles señoras.

Pepita debe reflexionar que llegará día en que ella tenga que reemplazar á su madre en el cuidado y gobierno de la casa, y entónces no sabrá hacer ni disponer nada, y, si no hay quien le vaya á la mano, donde deban reinar el órden y la economía, no habrá más que desórden y despilfarro. Tambien debe pensar que un día tendrá casa suya, será esposa, será madre, y ¡ay de ella, entónces, si todavía no ha tenido fuerza bastante de voluntad para sustraerse al fatal influjo de esa perversa costumbre de no hacer nada! Su marido no hallará agradable la vida al lado de mujer tan indolente, y sus hijos estarán poco ménos que abandonados, y para mayor desgracia heredarán el defecto de su madre.

Y me espanta pensar qué triste vida será la de Pepita si un golpe de fortuna la deja pobre y reducida á lo más preciso. Entónces sí que ha de malde-

cir su ignorancia y la maldita pereza.

Es, pues, indispensable de todo punto que Pepita se corrija ella sola de esa mala costumbre, para lo cual en la florida edad en que se halla no se necesita mas que un poco de buena voluntad, y estoy seguro de que cuando se acostumbre á levantarse temprano, á hacer las cosas sin dejarlas para mañana, á trabajar, á aprender cada día algo nuevo, verá muy pronto las grandes ventajas que esta actividad le ofrece, y le parecerá amable el trabajo, fácil lo que juzgaba difícilísimo, agradable lo que le enojaba, y hasta ha de tener mejor humor, pues no hay nada que produzca tan enojoso hastío como la pereza.

Ya verán Vds. cómo dentro de poco tengo que escribir, en desagravio de Pepita la perezosa, un entusiasta artículo, haciendo el debido elogio de su laboriosidad, de sus progresos en la música, de su maestría en toda clase de labores, y encareciendo lo mucho que ayuda á su madre en las faenas de la casa, haciendo ver claramente que ha de ser, en llegando la ocasion, un modelo de esposas y madres inteligentes, celosas de su deber, encanto del marido, y alegría y vida de los hijos.

C. FRONTAURA.

## LA VOZ DEL CREYENTE

Con este título ha publicado nuestro distinguido colaborador D. Antonio Arnao un libro de hermosas é inspiradas composiciones religiosas, muchas de las cuales las conocen ya nuestros lectores por haber sido publicadas en Los Niños ántes de ser coleccionadas.

La circunstancia de ser el Sr. Arnao asiduo colaborador de esta Revista, nos impide hacer aquí el debido elogio de su libro, y solamente nos permitiremos recomendarlo muy especialmente á nuestros lectores, tan amantes de los buenos libros.

## JUEGOS DE LAS NIÑAS

III



LA BOLA DE ALGODON

Colocadas las niñas alrededor de una mesa, tiran al aire una bolita de algodón y soplan hácia ella de manera que se sostenga sin caer. No deben soplar muy fuerte, porque entónces el algodón sube, y ¿quién lo dirige entónces? ni tampoco deben soplar muy débilmente, porque se caerá al suelo la bolita. De modo que la gracia del juego consiste en que el algodón vaya de unas á otras, para que pierda y pague prenda la que, no soplando bien y á tiempo, sea causa de que caiga al suelo ó sobre la mesa la bolita.

IV



LA MONA

No es muy ingenioso este juego, pero no deja de ser gracioso y divertido. La niña directora del juego se coloca delante de las demas y empieza á hacer muchos gestos, visajes y contorsiones, tomando diversas actitudes, que nunca deben ser grotescas ni ofensivas á las compañeras, y estas tienen que imitar instantáneamente todos los gestos que haga aquella. Y todo sin reirse, y, si así puede decirse, con la mayor formalidad.

Y la que sea torpe en la imitacion, paga prenda.





## LOS GRANDES INVENTOS CONTADOS Á LOS NIÑOS

## VI

## LA PÓLVORA

## III

Ya habreis visto, lectores amados, el secreto de la pólvora, y lo que buenamente puede decirse acerca de su invencion. Creo yo que desde luego querreis ya saber lo relativo á la fabricacion de este artículo, ya que, dicho lo anterior, sólo esto puede quedarme por revelaros.

Va destinado, pues, este articulito á tratar de las materias que forman la pólvora, como tambien de las diversas clases que de ella conocemos.

—¡Si será el autor de estos ligeros apuntes fabricante de pólvora!

Tal vez exclamen así algunos de mis pequeños lectores; pero yo, que no quiero falsas interpretaciones, debo apresurarme á contrarestar tal idea.

No; el pobre autor de estos artículos sobre los inventos célebres, no es fabricante de pólvora, como no será relojero cuando hable de los relojes, ni telegrafista cuando trate de los telégrafos ó de la electricidad; ni maquinista ó ingeniero cuando tenga que escribir sobre la aplicacion del vapor á las máquinas. Y, sin embargo, ello es que ahora voy á presentar aquí la fabricacion de la pólvora, como más adelante podré explicar sobre electricidad ú otra cualquier cosa. Esto en el

supuesto de que estas líneas sean de vuestro agrado, queridos niños.

Yo, pues, no soy nada, aunque de todo os hable; y os digo esto para que no formeis desde luego suposiciones erróneas: es muy malo formar juicios temerarios, porque hay así una gran facilidad en equivocarse.

Mucho me distraigo, á lo que creo, y es necesario empezar á explanar el asunto que ha motivado este artículo; si no lo hago así, os puedo molestar, y esto es lo que no quiero.

Empiezo, pues.

La pólvora se compone (hablo ahora de la comun) de tres materias principales, cuyos nombres son: *azufre*, *carbon* y *nitro*: todas ellas son en extremo combustibles.

¡Combustibles!

Sí, niños, combustible es todo aquello que arde fácilmente.

Y ahora es necesario, despues de nombradas las sustancias componentes de la pólvora, decir la cantidad que de cada una de ellas se ha de emplear para fabricar una cantidad cualquiera de dicho artículo.

Suponed que dividís en cien partes la totalidad de la que quereis fabricar; de esas ciento, setenta y ocho son de nitro, doce son de carbon y diez de azufre.

¿Darán ciento la suma de estas tres cantidades?

Veámoslo:

78	partes de nitro.
12	» de carbon.
10	» de azufre.
—	
100	» de pólvora.

Aquí teneis un caso extraño en aritmética; tres cantidades diferentes ó heterogéneas dan un total que no es de la especie de ninguna de ellas.

¡Y luego dirán que no pueden sumarse los números heterogéneos!

Pero no es de aritmética de lo que aquí he venido á tratar: somos polvoristas, y no matemáticos.

Vuelvo, por lo tanto, á mi lección.

Es muy fácil la fabricación de la pólvora: la operación principal es la trituración y reunión de las tres materias nombradas.

Hoy se hace pólvora con otros procedimientos, y se emplean materias muy diferentes. El progreso de las armas de fuego, las necesidades que el perfeccionamiento de los cañones y fusiles hacia sentir, han obligado á usar materias muy variadas y de una fuerza de expansión extraordinaria.

La pólvora de guerra no se fabrica, desde luego, como os he dicho: lo exigen así los adelantos de la artillería.

Voy á presentaros los nombres de diversas materias explosivas.

La primera es una que, si la viéreis, no habria seguramente de pareceros tal. Me refiero al algodón-pólvora, llamado así comunmente, pero cuyo nombre científico es *piroxilina*. Nada más léjos seguramente de vuestro pensamiento que imaginaros que un poco de algodón pudiera causar una

tremenda explosión; y, sin embargo, la fuerza de la piroxilina es mucho mayor que la de la pólvora comun; tanto, que ochenta libras de algodón equivalen á doscientas de pólvora. Esta mezcla, pues habeis de saber que la piroxilina es una combinación de algodón comun y ácido nítrico, fué inventada por dos personas: Schoembeir y Boettger descubrieron á la vez la propiedad explosiva y la inmensa fuerza de expansión que tomaba el algodón si se le bañaba en ácido nítrico.

Es, pues, muy posible que alguna vez llegue á vuestras manos un poco de este algodón fulminante: si así fuese, cuidado no os haga daño si se inflama, aunque mejor hareis en deshaceros de él.

—¿Y no se diferencia en nada del algodón ordinario? me direis.

—En nada; y tanto es así, que cualquiera de vosotras, preciosas niñas, que estos renglones leéis, no tendria inconveniente en usarlo para forro de un bonito cojin ó para relleno de una linda muñeca.

La piroxilina es, pues, igual á lo que comunmente se conoce con el nombre de *algodon en rama*. Sólo en sus efectos se diferencia de él. Voy, para terminar con esta materia, á deciros una particularidad que la distingue. Si está comprimido ó trenzado, disminuye su fuerza tanto más cuanto mayor sea la opresión que sufre.

Basta de esto. Voy á mencionaros otras sustancias inflamables. Hay una de un poder horroroso, de una fuerza incomprendible: su nombre es *nitroglicerina*, y se extrae de las grasas de los animales, combinándolas con dos ácidos.

No se sabe seguramente quién la

inventó; pues si bien hay quien dice que su inventor se llamaba Nohel, no falta quien considere como tal á un catedrático, italiano segun creo, llamado Sobrero, ó á un inglés apellidado Willianson. Ello es que existe, y que su potencia es tan considerable, que una libra de ella tiene la fuerza de dos mil libras de pólvora.

¡Dos mil veces más poderosa! En efecto: así es, queridos y pequeños lectores.

Tanta fuerza, tal potencia destructora se ha mitigado reuniendo á dicha sustancia una tercera parte de una especie de tierra que se llama arcilla. A esta mezcla se ha dado el nombre de *dinamita*.

Hoy la pólvora de cañon se fabrica con una parte de nitroglicerina; tal es la fuerza y alcance que han llegado á adquirir los proyectiles, por desgracia demasiado perfeccionados. Otra materia hay, que hoy se emplea tambien en la pólvora de cañon: esta es el *ácido prúsico*, inventado ó descubierto por Hausman, que tiene la propiedad de dar á los proyectiles un alcance prodigioso.

Con esto termino el catálogo de materias explosivas, habiendo puesto al alcance de vuestro conocimiento las principales de que tengo noticia.

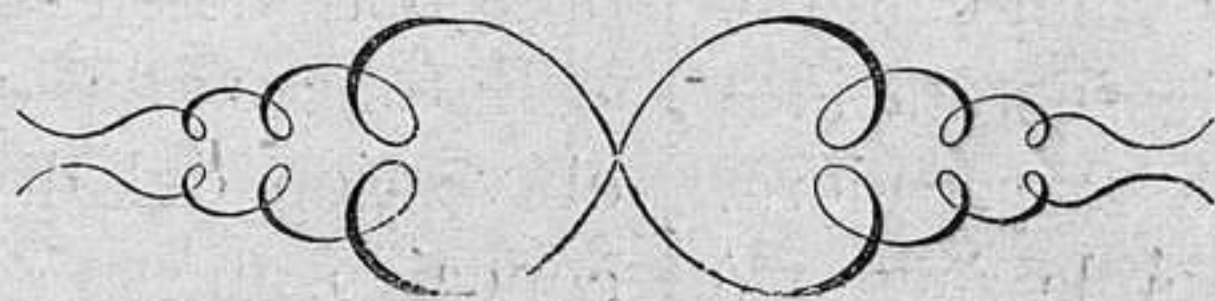
Y con esto tambien terminara este artículo, si no quisiese expresaros una idea que viene á mi imaginacion.

¿Por qué hablar de todo esto?

Porque al presentaros todos los inventos célebres, todos los que han tenido una importancia notable para el hombre, para la sociedad, habia de un modo ó de otro de tratar del que ha ocupado este y los dos anteriores artículos, y el estudio de la pólvora tiene para vosotros, pequeños lectores de Los Niños, dos objetos distintos: el primero, haceros conocer esta materia y sus propiedades; el segundo, conseguir que comprendiéseis el peligro que en sí tiene su uso, para que eviteis manejarla ó jugar con una cosa que tan funestos resultados puede tener.

¡Ojalá que nunca por una imprudencia pueda la pólvora quemar vuestros bellísimos rostros! ¡Ojalá que siempre aborrezcais eso que tanto daño causa y que para el mal se emplea! ¡Ojalá que las guerras desaparezcan de la superficie de la tierra, y que todos los hombres, amándose como hermanos, no piensen en destruirse como fieras, ya que algunas veces esto acontece entre los pueblos que aún no poseen la civilizacion tan preciada. En vosotros, niños, puede encontrarse un medio poderoso para el cambio de las ideas en esta parte; vosotros, que mañana sereis hombres, aborreced la pólvora, y, si mi súplica vale algo, haced el firme propósito de no emplearla jamás, ni aún en la destruccion de los animales, á no ser que estos sean de los dañinos y de ellos tengais que defenderos.

E. THUILLIER.





### JESUS Y LA SAMARITANA

No es tan bello y puro el rosicler de la aurora en una mañana de primavera, como el fulgor inmaterial que bañaba su semblante. Su excelsa santidad circundaba todo su cuerpo con una mística aureola que sólo descubrían embelesados los ojos del alma. Era la hora sexta, es decir, el medio día. Jesus, fatigado del calor y del camino, y abrigando benévolo la secreta idea de convertir á una célebre pecadora, se habia sentado junto á la fuente ó *pozo de Jacob*, situado en las cercanías

de la ciudad de Sichar, antiguamente llamada Sichem, como á unas dos leguas de la ciudad de Samaria.

A poco una mujer, samaritana por nacimiento y religion, vino á sacar agua de la fuente.

—Dame de beber, díjole Jesus con blando acento, para comenzar la piadosa obra de su conversion.

Entónces ella, que por el lenguaje y el vestido del divino Nazareno habia conocido que era judío, recordando la recíproca aversion de judíos y samari-

tanos, que estaban divididos en religion y costumbres, preguntóle á su vez admirada:

—¿Cómo siendo tú judío me pides de beber á mí que soy samaritana?

Pero él, que nada ignoraba, replicóle á su vez con inefable dulzura:

—Si tú conocieses el don de Dios y quién es el que te habla, ya le habrias tú pedido de otra agua viva de que él es eterna fuente.

Admiró á la pecadora esta misteriosa respuesta, y como por ser samaritana se lisonjeaba de descender de Jacob, aunque los judíos consideraban gentiles á sus compatriotas por haber mezclado las supersticiones paganas con las ceremonias judáicas, exclamó con mayor asombro:

—Señor, no teneis con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿dónde, pues, hallareis esa agua? ¿Sois por ventura más poderoso que nuestro padre Jacob, que bebió de ella, así como sus hijos y sus ganados?

Entonces Jesus, siempre admirable en la conversion de los descarriados, acomodándose á las terrenas ideas de aquella mujer para desenvolverle poco á poco los más profundos misterios, comenzó á instruirla con su acostumbrada dulzura.

—Cualquiera que bebiere de esta agua, le respondió, tendrá sed otra vez, pero el que beba de la que yo le diere, nunca más la tendrá; pues esa agua llegará á formar en él un manantial que salte hasta la vida eterna.

Esta mística contestacion verificó en aquella alma generosa las primeras operaciones de la gracia, y vió abrirse ante ella un nuevo horizonte que iluminaba la luz de un sol desconocido.

—Dadme de esa agua, Señor, repu-

so en un movimiento de humildad y de amor; dadme de esa agua, para que nunca más tenga sed, ni me fatigue en venir á sacarla.

—Pues ve, repuso Jesus, llama á tu marido y vuelve aquí con él para que participe de la misma merced. Con lo cual, despues de haber visto que en su corazon existia la primera circunstancia que se necesita para obtener la gracia, que es desearla vivamente, quiso predisponerla á la segunda, esto es, al dolor y confesion de los pecados. Así es que ella replicó avergonzada y confusa:

—No tengo marido, Señor.

Entonces él, para quien están patentes los más ocultos arcanos de la vida, añadió con grave acento:

—Bien hablaste: has dicho la verdad.

Y como leyendo en el libro abierto de su alma, la relató las faltas y desórdenes de su conducta.

Turbada con tan inesperada revelacion, quiso separar de aquel punto la atencion del Salvador; y, vivo ejemplo de un alma á quien la gracia solicita por más que quiere huir de ella, le preguntó de repente:

—Puesto que, segun veo, sois un profeta, decidme: nuestros padres han adorado siempre á Dios en el templo edificado sobre la montaña de Garizim, en la cual se dice que Abraham quiso sacrificar á su hijo, á la vez que vosotros los judíos sosteneis que sólo se le debe adorar en el templo de Jerusalem: ¿quién se engaña?

Y él, sin perder su dulzura, cuidando siempre de procurar la instruccion y salud de aquella pecadora, tornó á decirle:

—Créeme, mujer: ha llegado la hora en que ni en esta montaña ni en

Jerusalem adorareis al Padre. Vosotros adorais lo que no conoceis: nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos. Pero llegará tiempo, y es este en que estamos ya, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad.

Y hablando de este modo, queria hacerle ver que el error iba á ser vencido por la verdad, y las tinieblas por la luz; que las prácticas supersticiosas de los samaritanos y hasta las mismas ceremonias legales de los judíos, iban á desaparecer ante el establecimiento del solo culto verdadero, en el cual, aún con formas exteriores, santas en sí y necesarias, se habia de rendir á Dios la adoracion merecida en todas las partes del mundo, con un amor puro, sincero, espiritual, hasta el sacrificio.

Embebecida escuchaba ella la inefable doctrina que como fuente purísima brotaba de los labios del Salvador, en tanto que la gracia se abria más y más un feliz camino en aquel corazon de oro. Pero como última resistencia á su eficaz atractivo, dijo ella todavía:

—Yo sé que el Mesías, que significa el Cristo, está á punto de venir: cuan-

do hubiere, pues, venido, nos adoctrinará en todas estas cosas.

Y viéndola con tan santas disposiciones, quiso completar su obra; y acabando de disipar las sombras de su espíritu con los vivos resplandores de la fe, le replicó el divino Maestro:

—Pues yo, que hablo contigo, lo soy.

Lo que entónces pasó por el alma de aquella afortunada criatura, no es dado á humana lengua referirlo sino rúdamente. Creyó, y súbitamente vió ilustrada su inteligencia, y sintió su corazon abrasado por el fuego del amor divino, de ese amor que consume y fortalece á la par el alma de los que Dios marca con el sello de su eleccion. Dejando su cántaro, imágen en aquella ocasion de los bienes terrestres, corrió apresuradamente á la ciudad, donde en el ardor de su caridad publicó las maravillas de aquel á quien denominaba gran Profeta.

Y vinieron presurosos á verle los samaritanos, y al oír su palabra, creyeron tambien en él, exclamando:

—Ya no podemos dudar que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.

¿No veis aquí patentes los prodigios de la gracia?

ANTONIO ARNAO.

## LA TUMBA

CUENTO

Un rico labrador estaba un dia delante de su puerta, considerando sus campos y jardines; la llanura estaba cubierta de mieses y los árboles cargados de frutos. El trigo de los años

anteriores ocupaba de tal manera sus graneros, que las vigas de los suelos cedian bajo su peso; sus establos estaban llenos de bueyes y vacas gordísimos y caballos relucientes de salud.

Entró en su habitacion y dirigió la vista al arca en que encerraba su dinero; pero, estando absorto en la contemplacion de sus riquezas, creyó oír una voz secreta que le decia: «¿Has hecho felices con ese oro á los que te rodeaban? ¿Has pensado en la miseria de los pobres? ¿Has partido tu pan con los que tenían hambre? ¿Te has contentado con lo que poseias, sin pretender más?»

Su corazon no tardó en responder:

«Siempre he sido duro é inexorable: nunca hice nada por mis parientes ni mis amigos. Ocupado en aumentar mis riquezas, no he pensado nunca en Dios, y aunque hubiese poseido el mundo entero, no me hubiera parecido bastante.»

Este pensamiento le aterró, y tanto le temblaban las rodillas, que se vió obligado á sentarse. Al mismo tiempo llamó á su puerta un vecino suyo, tan pobre, que no podia mantener á su numerosa familia, «Ya sé, iba pensando, que mi vecino es aún más duro que rico, y me rechazará; pero mis hijos me piden pan... voy á probar.» Y dijo al rico: «No ignoro que no os agrada dar; pero me dirijo á vos como último recurso, como el hombre que va á ahogarse se agarra á una tabla: mis hijos tienen hambre, prestadme cuatro fanegas de trigo.»

Un rayo de piedad deshizo por vez primera el hielo de aquel corazon avaro: «No te prestaré cuatro, le respondió, te daré ocho; pero con una condicion...

—¿Cuál? preguntó el pobre.

—La de que pases las tres primeras noches despues de mi muerte, velando sobre mi tumba.

La comision no agradaba en modo

alguno al pobre hombre; pero su necesidad le hubiera hecho consentir en todo. Lo prometió, pues, y se llevó el trigo á su casa.

No parece sino que el labrador habia previsto el porvenir, porque tres dias despues murió de repente, sin que nadie le llorase. Apenas se le hubo enterrado, el pobre hombre se acordó de su promesa, y aunque hubiera creido evitarla, se dijo: «Ese hombre ha sido generoso para conmigo, y alimentado á mis hijos con su pan; ademas, he dado mi palabra y debo cumplirla.» A la caída de la tarde fué al cementerio y se colocó sobre la tumba. Todo estaba tranquilo: la luna iluminaba los sepulcros, y de vez en cuando volaba un buho lanzando fúnebres chillidos; al rayar el dia volvió á su casa sin haber corrido ningun peligro, y la segunda noche se pasó de igual manera.

La tarde del dia tercero sintió una aprension secreta, como si fuese á suceder algo extraordinario. Al entrar en el cementerio vió junto á la pared á un hombre como de cuarenta años, con el rostro acuchillado y ojos vivos y penetrantes, envuelto en una capa vieja, bajo la cual se veian únicamente unas grandes botas de montar. — «¿Qué buscáis aquí? le gritó el pobre: ¿no teneis miedo en este cementerio?»

—Nada busco, le contestó el otro; pero ¿de qué he de tener miedo? Soy un pobre soldado cumplido y vengo á pasar la noche aquí, porque no tengo otra habitacion.

—Bueno, dijo el aldeano; puesto que no teneis miedo, venid á ayudarme á guardar esta tumba.

—Con mucho gusto, respondió el soldado: mi oficio es hacer guardias. Nos quedaremos juntos y partire-

mos el bien ó el mal que se presente.

Y se sentaron ambos sobre la tumba.

Todo estuvo tranquilo hasta la media noche. En aquel instante se oyó un silbido agudo en los aires, y los dos guardianes vieron delante de ellos al diablo en persona. «¡Fuera de aquí, canallas! les gritó: dejadme ese cadáver que me pertenece, ú os tuerzo el cuello.»

—Señor de la pluma roja, le respondió el soldado: no sois mi capitán, y, por lo tanto, no recibo órdenes de vos, ni me causais miedo. Seguid vuestro camino, que nosotros quedamos aquí.

El diablo pensó que ganaría con dinero á aquellos dos miserables, y tomando un tono más dulce les preguntó familiarmente si mediante una bolsa llena de oro, consentirían en alejarse. «En buen hora, contestó el soldado, eso es hablar; pero una bolsa de oro no nos basta; no abandonaremos el sitio mientras no traigas con qué llenar una de mis botas.»

—No tengo sobre mí lo que es preciso, repuso el diablo; pero voy á buscarlo. En la ciudad cercana vive un usurero amigo mio, que me adelantará la suma.

Cuando el diablo hubo partido, se sacó el soldado la bota izquierda, diciendo: «Vamos á jugarle una mala partida: dadme vuestro cuchillo.» Cortó la suela de la bota y colocó la caña sobre unas hierbas altas, al lado de una sepultura. «Todo va bien, dijo, ya puede venir ese deshollinador.»

No se hizo esperar éste mucho tiempo, llegando con un saquito lleno de

oro. «Vaciadlo, dijo el soldado, alzando un poco la bota; pero no será bastante.»

El maligno vertió el saco, pero cayeron las monedas por tierra y la bota quedó vacía. «Imbécil, le dijo el soldado, ya te habia dicho que no sería bastante. Vuelve á buscar más y tráelo.»

El diablo marchó moviendo la cabeza y volvió al cabo de una hora con un saco mayor debajo del brazo. «Eso es ya algo, dijo el soldado; pero dudo que llene aún la bota.»

El oro cayó resonando; pero la bota permaneció vacía. «¿Qué desvergonzadas pantorrillas tienes?» exclamó haciendo un gesto.

—¿Quisieras que tuviese patas de macho cabrío como tú? ¿desde cuándo te has hecho avaro? Vuelve por otros sacos, ó no hacemos negocio.

El maldito volvió á alejarse. Aquella vez estuvo ausente más tiempo, y cuando volvió andaba agobiado bajo el peso de un enorme saco; pero la bota se llenó menos que nunca: lleno de cólera, iba á arrancar la bota de manos del soldado, cuando el primer rayo del sol iluminó el cielo. En el mismo momento desapareció dando un grito... La pobre alma se habia salvado.

El labrador queria partir el dinero; pero le dijo el soldado: «Da mi parte á los pobres. Yo me iré á tu casa y viviremos pacíficamente con la tuya, todo el tiempo que quiera Dios.» Y es fama que vivieron felices largo tiempo.

